



PRIMERA PARTE.

Curiosa y nueva Relacion,

en que se refiere

la historia de los Bandidos que habitaron en los montes DE TOLEDO,

egecutando en ellos notables atrocidades; con todo lo demas que verá el curioso lector.

Llamado de su Monarca
el andaluz mas valiente,
que por sus heróicos hechos
deseaba conocerle:
salió de Málaga un dia
con la licencia que tiene;
lleva su padre consigo,
porque compaña le hiciese,
y un amigo que en las armas
fué de mucho valor siempre.
Llegaron hasta Toledo,
y quisieron detenerse
á ver la ciudad famosa,
que deseado lo tienen.

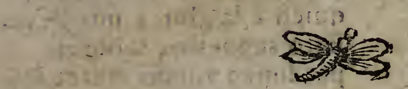
Paseándose en sus plazas
ricas, hermosas y alegres,
oyeron echar un bando,
que atemoriza la gente,
que en los montes de Toledo,
dentro de sus tierras, tienen
veinte Bandidos, que son
los verdugos de la muerte,
caballeros valencianos,
de aquestos que al Rey no temen,
que andan robando y matando
á cuantos van á prenderles;
y ofrecen tres mil ducados
á quien los mate ó prendiese.
Y como no haciendo caso
de cuanto aqui se refiere,
salen los tres à otro dia
á caminar como siempre.
A media tarde llegaron
á aquel sitio, donde suelen
lograr sus malos intentos
aquella perversa gente.
Mas al pasar de un arroyo,
que al mismo abismo parece,
se le pusieron delante
diez y nueve de los veinte,
y apuntan con los cañones,
porque mas miedo tuviesen.
El capitan valeroso,
sin un punto detenerse,
echó mano á una pistola,
y ha dicho de aquesta suerte,
el plomo no me acobarda,
ni me asombran los valientes,
que vivo desesperado,
y ando buscando mi muerte;
y asi dejadme pasar,
porque atrás no he de volverme.
Se miran unos á otros,
y con la vista se entienden:
¡qué valiente es el rapaz!
aqueste hombre nos conviene
traer en nuestra compañía;
aqui hemos de ver si quiere.
Todos le dicen: amigo,
no temas ni desconsueles,
que todos desesperados
vivimos de aquesta suerte;
si quieres estar seguro,
aqui con nosotros quedes,
seràs nuestro capitan,
y muy respetado siempre.
Y él les dice: caballeros,
de tan lucida gente
no puedo ser capitan,
igual estaré obediente.
¿Quién es vnestro capitan?
Y dicen: aquí no viene,
que esta mañana robamos
la prenda mas excelente,
que en todo el mundo no hay otra
que le iguale ni empareje;
y por no poder partirla,
que es fuerza que entera quede,
quiso nuestro capitan
ser dueño de tantos bienes,
y nosotros por envidia
juntos le dimos la muerte,
y la tenemos guardada,
donde el aire no la ofende,
y la queremos jugar
esta noche y echar suertes.
Ni el cristal ni el alabastro
con ella igualarse pueden;
pero aquel que la ganare,
may gustoso se la lleve.
Agradecido les dice:
vamos á nuestro retrete,
pues haré que tiemble el mundo,
y que nuestra fama vuele.
Le llevan por unos montes
tan espesos, que parecen
sendas del profundo infierno,
y llegaron donde tienen

se acostaron descuidados,
y asi á rienda suelta duermen.
El capitan y su padre,
y el otro amigo que tienen,
con la doncella en la cueva
por mas acierto se meten.
Cuando allá á la media noche,
que en silencio todos duermen,
el capitan se levanta,
y ha dicho de aquesta suerte:
¿adónde estás, compañero,
tan armado como fuerte?
Ea padre de mi alma,
vamos á lo que conviene.
Ea hermosa Catalana,
discreta como valiente,
cuida de aqueste candil,
y aquella candela enciende;
vamos á echar la atarraya,
para que caigan los peces.
Salen los tres con silencio,
y llegando brevemente
donde estan los dos primeros,
dicen; nadie se menee,
y aquel que se meneare,
cercana tiene su muerte.
El buen viejo los maniata,
y todos de aquesta suerte
á la cueva los trageron,
y en aquel suelo los tienden:
los atan de pies y manos,
y porque seguros queden,
estaba la Catalana
con dos pistolas pendientes.
Dice: nadie me suspire,
ni llore, ni se lamente,
que le haré saltar los sesos
por cima de esas paredes.
Unos le ofrecen hacienda,
otros alhajas y bienes;
y les dice: caballeros,
guárdelo el que lo tuviere,
que no pienso tomar cosa
de cuanto se me ofreciere.
En unas carrozas grandes
á los Bandidos los meten,
y en un caballo andaluz
iba el capitan valiente,
con la doncella á las ancas,
y todos de aquesta suerte
caminan hácia Toledo,
y llegando brevemente
á casa de la doncella,
y llamando reciamente,
ha salido el padre á abrir:
considere aqui el oyente,
qué gusto recibiría,
tambien su madre y su gente,
y en premio de tal accion
por esposa se la ofrecen.
El dice: yo no me caso,
pues dada palabra tiene
á otro mejor que no yo,
que es á Dios, y que conviene
el que sea religiosa,
que al Señor nos encomiende,
y á su Madre sacrosanta,
quien á la gloria nos lleve.
Esto supuesto, señores,
perdonen vuesas mercedes,
que yo me voy à dar cuenta
al Rey de toda esta gente.
Con que á Madrid caminando,
llegan á la corte alegres,
y metiendo un memorial,
como hablar con el Rey quiere,
de que tuvo ya noticia
de este vasallo valiente,
al punto mandó que entrara,
y obedeció brevemente.
Postrado á las reales plantas,
le dice el Rey: que se ofrece:
y él con animo invencible,
respondió de aquesta suerte:

Monarca invicto, escuchadme:
has de saber ciertamente,
que los hombres que aquí traigo,
son los Bandidos valientes,
que en los montes de Toledo
robando andaban la gente.
El Rey le dió por respuesta:
albricias, pedirme puedes,
vasallo leal de España,
y haz de ellos lo que quisieres.
Lo que yo quiero, Señor,
que á todos ellos se entreguen
sus haciendas y caballos,
y se vayan libremente.
El Rey se lo concedió;
y á él por hombre eminente,
que Virey de Cataluña
por toda la vida quede.

Esta es la célebre historia
del Andaluz mas valiente,
cuyas proezas insignes
tales premios le merecen;
y cuyo ardid animoso
á rendir fue suficiente
la desordenada furia
de aquellos bandidos fuertes,
que en los montes de Toledo,
formando escondido albergue,
osados y temerarios
insultaban á las gentes.
Y pues al fin de esta historia
lo saben ya mis oyentes,
en ella tomen dechado
los que de guapos se precien,
y al auditorio le ruego,
que mis defectos tolere.

FIN.



SEVILLA,

Imprenta de la Viuda de Caro,
1841.







SEGUNDA PARTE.

Curiosa y nueva Relacion,

en que se refiere

la historia de los Bandidos que habitaron en los montes DE TOLEDO,

egecutando en ellos notables atrocidades; con todo lo demas que verá el curioso lector.

Supuesto que en la otra parte
primera ya se refiere,
como el capitan y dama
quedaron solos y alegres,
y que los demas bandidos
en lugares diferentes
repartidos se ocultaron,
sin que comprender pudiesen,
que en hallarse divididos
corria riesgo eminente:
á la hermosa catalana
amorosa y cortesmente
el capitan ya nombrado
le dice de aquesta suerte:

dime, que motivo ó causa
en este sitio te tiene,
que si digo lo que siento,
me da compasion el verte
en lugar tan ignorado,
para tí poco decente,
y recelo tu desdicha;
si el Cielo no te protege;
cuéntame tus infortunios,
tu calidad me refiere,
dímelo, no te embaraces
en decir la verdad siempre,
que prometo el ampararte,
aunque la vida me cueste.
La hermosa doncella entonces,
formando un silencio breve,
despues que con un suspiro
aliento de vida adquiere,
puestos los ojos en tierra,
le dice sumisamente:
yo, señor, soy Catalana,
como presente me tienes,
y mi padre es de Toledo,
de los mas nobles que tiene
todo este reyno de España,
don José de Torre y Fuentes;
y mi madre en Cataluña
de los Godoyes desciende;
es su nombre doña Elvira,
por apellido Melendez,
y Casilda á mí me llaman,
por gusto de sus mercedes.
Tiene mi padre en Toledo,
como bien saberse puede,
tres hermanas que son monjas
y porque las conociese,
de Cataluña á Toledo
pasábamos á meterme
monja, por ser gusto mio,
y aprobarlo sus mercedes.
Esta mañana, señor,
los compañeros que tienes,
me robaron de mi padre,
falsos. tiranos y aleves.
Por ser la cuadrilla grande,
no pudieron defenderse:
se fue llorando mi padre,
con seis criados que tiene.
Y asi si me has de valer,
como dices y refieres,
hazlo por Dios, que mis fuerzas
es cierto que poco pueden.
Y arrojándose á sus plantas,
en los brazos la suspende:
levanta, que no soy digno
de conseguir lo que quieres;
y pues que Dios te ha criado,
como dices y refieres,
para ser su amada esposa,
dile á tus ojos que cesen
esas perlas que derraman,
que por Dios he de valerte.
Dale ese lecho á tu cuerpo,
que yo sobre este banquete
tengo de pasar la noche
por guardarte y defenderte.
Con estas seguridades
que aquel capitan le ofrece.
Casilda le da á su cuerpo
reposo, y contenta duerme.
Apenas al otro dia
amaneció el claro oriente,
se levantó el capitan
á dar la vuelta á su gente:
se va detrás la doncella,
mostrándose muy alegre.
Todos decian: ¡qué linda
nuestra capitana viene!
como han robado la rosa,
á los ojos resplandece.
Ella dice: sí por cierto,
ahora todos son placeres.
Cerró la noche con agua:
como ir á robar no pueden,

una muy oculta cueva,
que el sol registrar no puede,
con sus puertas y sus llaves
los aposentos que tiene.
Llegando á la principal,
vió colgadas las paredes
de trabucos y escopetas,
y otros manjares que tienen
de conejos y perdices,
pan, carne, vino y aceyte,
que como les cuesta poco,
todo sobrado lo tienen.
Se sientan á merendar,
cara á cara, y frente á frente;
al capitan todos brindan,
y él con todos se detiene.
Acabado de comer,
dos preguntan: ¿qué os parece?
saquémosle al capitan,
para que de ver se alegre
aquesa preciosa joya,
que dentro ese cuarto tiene.
Se levantó él mas ligero,
y abriendo de un golpe fuerte
la puerta de un aposento
lleno de mil lobregueces,
sacó una tierna doncella,
en quien divinos pinceles
el resto de la hermosura
retrataron, pues la tiene.
Causando envidia á las flores,
con pasmo de los claveles,
de cristal y de alabastro
cosa compuesta parece.
Los carbunclos de sus ojos
casi eclipsados los tiene,
que ya de tanto llorar,
sangre pura es lo que vierte.
Modestamente vestida
pasma, embelesa, sorprende,
al paso que su quebranto
mueve, lastima, enternece.
Quedó el capitan absorto,
y de dolor no se mueve,
disimulando la pena,
todo en risa lo resuelve.
Digo que teneis razon,
y no es mucho encarecerse;
mil veces será dichoso
aquel que la mereciere.
Todos dicen: gran señor,
recíbela por presente;
porque cuando llega un Grande
á donde vasallos tiene,
todos le ofrecen la hacienda,
y esta, señora, se os ofrece,
que todos somos gustosos,
que tú solo te la lleves.
Y agradecido, le ha dicho:
¿de qué lloras? ¿pues qué tienes?
¿cuando merecíste tú
verte con tan buena gente?
como, si quieres comer,
y si no, mas que revientes.
¡O qué corazon tan duro
(le dicen todos) que tiene!
bueno es para nuestro oficio:
otros hay que se enternecen;
si no es soberbio el bandido,
no hará cosa buena siempre.
Por rematar la funcion,
lo que se acostumbra siempre
asi entre gente de rasgo,
un buen tabaco le ofrecen:
mostrándose liberales
con lo que de sobra tienen.
Y cuando todos callaban,
astuto como prudente
el capitan ha ideado
lo que á su intento compete;
y les dice: caballeros,
todos en aqueste albergue
¿juntitos os recogeis?
Le dicen: sí; ¿qué os parece?

¿qué no estamos bien seguros?
Y él responde: no conviene;
si tengo de gobernar,
ha de ser de aquesta suerte:
en medio de aquesta breña,
pues tan capaz me parece,
dos à dos en cada choza
muy bien podrán recogerse,
no tan lejos que mi pito
no le oigan cuando suene,
y avisen al mas cercano;
y por lo que sucediere,
al oirlo saldrán armados,
pertrechados de esta suerte:
los trabucos y las charpas,
con sus pistolas pendientes,
al rostro las escopetas,
y muera todo viviente.

Tal ánimo les infunde,
que revientan los valientes,
y le dicen: gran señor,
valiente discurso tienes;
mañana lo hemos de hacer,
pues á todos nos conviene,
y así las registran todas,
para mas bien entenderse.
Y con aquestas palabras
se va el sol, la noche viene.
Dice: yo soy desposado,
pues lo ha querido la suerte;
ninguno salga esta noche,
que tras esta muchas vienen.
A donde los dejaremos,
mientras el autor previene
darle fin á aquesta historia
en la otra parte que empiece.

